

“Igual soy malísima, no esperes mucho de mí”. Reflexiones sobre la práctica etnográfica en torno al deporte¹

“I’m terrible, I don’t wait much of me.” Reflections on the ethnographic practice around sports

“Como eu sou terrível, eu não esperava muito de mim.” Reflexões sobre a prática etnográfica em torno dos esportes

Julia Hang

Recepción: 25/05/15 Aceptación: 10/06/15

Resumen

El presente trabajo expone un recorrido por algunos dilemas metodológicos del hacer etnográfico cuando hacemos antropología en contextos deportivos cercanos o de los cual formamos parte. A partir de un diálogo con los materiales de campo de mi propio trabajo etnográfico, se analizaron algunas situaciones que tuvieron lugar durante el trabajo de campo con nadadores “master”, enfocando la reflexión en tres problemáticas principales: la que refiere a la posibilidad del relativismo y sus límites, aquella que se desprende del rol del investigador en las interacciones de campo y finalmente, la cuestión emotiva y el lugar que los afectos juegan en nuestro trabajo de campo. De este modo, se considerará la reflexión metodológica como un medio para mejorar nuestro conocimiento social.

Palabras Clave: etnografía, deporte, metodología, natación.

Abstract

This paper presents a tour of some methodological dilemmas when we make ethnographic anthropology at nearby sporting contexts or which we belong. Which refers to the possibility of relativism: From a dialogue with the materials of my own ethnographic field work, some situations that occurred during fieldwork with swimmers “master” reflection focusing on three main issues they will be discussed and its limits; it is apparent that the role of the researcher in the field interactions and finally the emotive issue and place the affections play in our fieldwork. Thus, it is considered methodological reflection as a means to improve our social knowledge.

¹ Cita sugerida: Hang, J. (2015). “Igual soy malísima, no esperes mucho de mí”. Reflexiones sobre la práctica etnográfica en torno al deporte. *Ímpetu*, vol. 9(1), pp. Xx-xx.

Keywords: ethnography, sport, methodology, swimming.

Resumo

Este artigo apresenta um passeio de alguns dilemas metodológicos quando fazemos antropologia etnográfico em contextos desportivos nas proximidades ou que pertencemos. Que se refere à possibilidade de o relativismo : A partir de um diálogo com as matérias do meu próprio trabalho de campo etnográfico , algumas situações que ocorreram durante o trabalho de campo com os nadadores “mestre” reflexão com foco em três temas principais serão discutidos e seus limites ; é evidente que o papel do pesquisador nas interações de campo e, finalmente, a questão emotiva e coloque os afetos jogar no nosso trabalho de campo. Assim, considera-se reflexão metodológica como um meio para melhorar o nosso conhecimento social.

Palavras-chave: etnografia, esporte, metodologia, natação.

Entre la aproximación y la distancia cuando hacemos antropología en casa

Durante el año 2011, como parte de mi tesina final de la licenciatura en sociología, llevé a cabo una investigación sobre nadadores master, donde me propuse describir y analizar los sentidos y las moralidades que se ponen en juego en torno a una práctica deportiva, y al mismo tiempo sociable, como es la natación “master” (competitiva y de adultos) en el Club Universitario de La Plata. La investigación me encontró representando un doble papel: por un lado, como analista del fenómeno estudiado, y por otro, como uno de los informantes miembro del grupo de nadadores investigado, ya que hacía varios años que participaba del equipo de

natación. Lejos de ser una limitación, las ventajas de tener una posición privilegiada en el campo eran varias: ya tenía varios contactos, sabía cuáles eran las reglas de juego, cuáles eran los conflictos y compartía los códigos nativos. Sin embargo, este conocimiento y este “ser parte de mi propio objeto de estudio” supuso un enorme esfuerzo para tratar de distanciarme y reflexionar sobre algunas cuestiones (tales como el aprendizaje de una técnica corporal o las relaciones sociales al interior del equipo) que para mí estaban naturalizadas por haber sido nadadora gran parte de mi vida y haber formado parte del equipo durante mucho tiempo. Sin embargo, estos roles como investigadora y como nativa no resultan excluyentes, sino que como plantea Becker (2009) “los sociólogos saben algunas cosas que las personas que están estudiando desconocen”, es decir que la reflexión sociológica, a diferencia de las perspectivas nativas que miran desde una sola posición, es capaz de poner en relación diferentes perspectivas nativas y analizarlas.²

El ejercicio antropológico de “exotizar lo familiar” (Da Matta, 2007) resultó en este caso tan imprescindible como dificultoso, ya que más de una vez me sentí incómoda y avergonzada de preguntar a mis compañeros sobre temas que resultan obvios para los que compartimos los códigos de la natación. Otras veces tuve que diferir la ocasión para profundizar sobre algunos temas, porque me parecía inoportuno pedir que se expliciten algunos puntos en un contexto de conversación ordinaria con compañeros. En muchas de estas circunstancias opté por postergar la pregunta hasta participar de otra situación de interacción más adecuada, incluso en algunos casos, estas inquietudes se ganaban un lugar en el guión de entrevista.³ No sin dificultades, y valiéndome de algunas estrategias de relativización, procuré transitar el camino de nadadora nativa a investigadora. Luego de reflexionar y comprender cuál era mi posición en el equipo (entendí que operaba como una especie de nexo entre los nadadores *jóvenes* y los *viejos*), tenía que comentar a todo el equipo que iba a realizar un trabajo sobre *los master*. Sin saber cuál sería su reacción ante la noticia, con miedo a que mi investigación genere rechazo o desconfianza entre mis compañeros, mis temores se disiparon una vez que les conté acerca de mi intención de estudiar a *los master*. Todos se mostraron felices, orgullosos de ser elegidos como tema de investigación, dispuestos a charlar conmigo, darme sus opiniones y contarme sus experiencias.

Ya presentada como investigadora, me aboqué al trabajo de campo. En un primer momento, realicé observaciones participantes en competencias, eventos sociales, reuniones y entrenamientos, entendiendo a la observación participan-

te como una estrategia adecuada para realizar descubrimientos, para examinar críticamente los conceptos teóricos y para anclarlos en realidades concretas, poniendo en comunicación distintas reflexividades (Guber, 2001).

Experimentando la tensión inherente a la observación participante y recordando que involucramiento e investigación no son opuestos, sino partes de un mismo proceso de conocimiento social (Guber, 2001), las condiciones de la interacción fueron guiando el trabajo de campo. Por la lógica del campo y mi posición en él, la observación participante fue transformándose cada vez más en participación con observación. Conociendo de antemano que el objetivo del equipo es tratar de ganar las competencias, entendí que si iba a un torneo, además de observar tenía que competir, dado que, en función de los códigos nativos, eso le otorgaba un plus de legitimidad a mi presencia en el campo. Si iba a observar un entrenamiento, en algún momento me sentía en la obligación de tirarme a la piletta y nadar unos metros. Así, el acercamiento al objeto fue siempre bajo las reglas del campo, y al asumirme como investigadora terminé involucrándome y comprometiéndome cada vez más, asistiendo y participando de competencias a las cuales en tanto miembro del equipo probablemente no hubiera ido.⁴

Un conflicto moral atravesó toda esta experiencia. En mis interacciones cotidianas con *los master* normalmente surgían debates y conversaciones que me resultaban más que interesantes para la investigación. La pregunta era entonces ¿qué información usar y que no? ¿Cómo distinguir aquello que los nadadores me contaban como amiga y aquello que podía usar como investigadora? Esta inquietud se resolvió desde el momento en que decidí explicitar que estaba haciendo un trabajo sobre *los master*, dándoles la oportunidad de decidir sobre aquello que estaban dispuestos a contarme y aquello que no. De este modo, partiendo de un consentimiento informado de mis sujetos de investigación opté por relevar todo lo que veía, lo que escuchaba y lo que conversábamos. Fueron los mismos nadadores quienes se encargaron de hacerme saber que mi rol de investigadora era reconocido, al marcarme ellos mismos más de una vez los temas que para ellos tendría que estudiar. Se hizo cada vez más común que en el medio de una conversación alguno de ellos me indique algún tema que para ellos tendría que analizar en mi tesis, o lo que debería evitar poner, como cuando después de un torneo metropolitano fuimos a almorzar a un restaurante de comida peruana, y entre anécdotas, risas y cervezas, Lidia me mira y me dice: “cuando escribas tu tesis, no digas de qué club somos, ni pongas nombres, que esto es un papelón. ¿Qué va a pensar sino la gente de nosotros?”

Ya reconocida como investigadora, el problema principal que se me presentó fue el de lograr un cierto extrañamiento con respecto a un campo que me resulta tan familiar. Desde chica soy socia del club y me pasé la infancia y adolescencia en la pileta climatizada del club. Durante un par de años entrené todos los días dos veces por día. Y si bien hubo épocas en las que me alejé bastante de la pileta, nunca dejé de estar en contacto ni con mis amigos de natación, ni con mis profesores. Ya hace ocho años que nado con *los master*, tengo una muy buena relación con todos mis compañeros, y de algunos de ellos puedo decir que son mis amigos. Entonces, ¿cómo lograr el distanciamiento requerido para analizar este fenómeno? ¿Cómo deconstruir esa trama de relaciones sociales, códigos y saberes dentro de la cual me había socializado desde chica?

Las entrevistas semi-estructuradas que realicé a algunos de mis compañeros me permitieron sortear las dificultades que surgían en mis observaciones de campo. El contexto de la entrevista, de la conversación cara a cara, contexto en el cual mis informantes sabían que yo estaba ahí “*haciendo un trabajo para la facultad*”, me permitió interiorizarme en sus experiencias y opiniones. Conocer a los sujetos en sus casas o en sus lugares de trabajo, en un espacio diferente al de la pileta (¡vestidos!), y en un contexto de interacción diferente al que acostumbramos, me abrió las puertas a una dimensión desconocida para mí hasta ese momento de la vida cotidiana de estas personas, como son sus roles de madre, de jefe, de hijo o de ama de casa. En este sentido, la interacción cara a cara con mis informantes resultó ser un momento clave de la investigación.

Ahora bien, pese a haber reflexionado largamente sobre mi rol en el campo, de poner en juego estrategias de distanciamiento y de leer etnografías donde otros investigadores dan cuenta de conflictos que han tenido en el trabajo de campo relacionados con la toma de distancia, el relativismo, la reflexividad, los roles asumidos y negociados, hubo momentos en los que la puesta entre paréntesis de mis pre-conceptos y prejuicios me resultó imposible, generando así algunas situaciones de tensión sobre las que más adelante pude reflexionar. La mayoría de los autores coinciden en señalar que “no hay recetas” en lo que respecta al hacer etnográfico. Sin embargo, creemos que la reflexión sobre el método etnográfico y sus dilemas, vale la pena como una manera de mejorar el conocimiento social. Como sostiene Grimson (2003), “todo investigador no solo se alimenta del sentido común de su cultura, sino del conocimiento del resultado de otras improvisaciones por parte de los etnógrafos. Es necesario concebir el encuentro etnográfico

como proceso de interacción de actores sociológicos, y en este sentido, como situación objetivable que puede reflexivamente aportar elementos fundamentales para el conocimiento de los otros”

Acerca del rol (o los roles) del investigador en el trabajo de campo y de los problemas de pensar que los otros son iguales a nosotros

Cuando comencé mi trabajo sobre los *master*, no tenía claro cuál sería mi objeto de investigación, sino que el mismo fue tomando forma a medida que iba llevando adelante la investigación. Así, durante los primeros meses, toda nota, información o publicación que encontraba sobre los *master* me parecía relevante. En ese contexto, conocí a Martín, un nadador de M.R. (un equipo de natación *master* de la ciudad de Buenos Aires), sociólogo, quien se fue convirtiendo en un informante clave, a la vez que en un interlocutor privilegiado de mi trabajo. Martín es un apasionado de la natación, y como sociólogo, mi trabajo le parecía fascinante, por lo que fuimos forjando una relación cada vez más cercana e intensa. Durante un par de meses mantuvimos largas conversaciones sobre los *master*, la sociología, mi tesis, su tesis, etc., hasta que un día me invitó a participar junto a sus compañeros de equipo, de una competencia denominada “Las 24 horas de la YMCA”. Martín me comentó que les faltaba una mujer para completar uno de los equipos, y que había pensado en mí para que cubra ese lugar. La carrera consistía en que durante 24 horas, cada equipo formado por 12 nadadores intentaría cubrir la mayor distancia posible. Cada nadador realizaba cuatro pasadas de media hora cada una, separadas por seis horas de descanso. En principio, la propuesta me pareció una locura. Primero, porque consideraba que no había estado entrenando lo suficiente y que no estaba en condiciones de participar de una prueba tan exigente. Segundo, porque tenía miedo de decepcionar a mis compañeros de equipo. Y tercero, porque implicaba no solo compartir 24 horas con personas que no conocía, sino además quedarme a dormir en la casa de Martín, a quien todavía no conocía personalmente, junto a su compañero de casa y a un par de nadadores más que por cercanía a la pileta, dormirían allí también.

Deseando que me diga que no, le pregunté a Juan, mi entrenador, si le parecía que estaba en condiciones de participar de la prueba. Él, sin dudar, me respondió que por supuesto que sí, y agregó: “*si sos nadadora, ¿cómo no vas a poder nadar media hora seguida?*”. Juan representa para mí la palabra autorizada en los saberes referentes a la natación, no solo por su experiencia como entrenador, sino por haber sido mi

entrenador desde que comencé a nadar cuando era chica. Así, la seguridad en su respuesta fue el empujón que necesitaba para terminar de decidirme. Yo creía que debía ir, no solo por la buena predisposición que Martín había tenido para con mi investigación, sino porque me parecía una buena ocasión para conocer un poco sobre otros nadadores master, lo que me ayudaría a descentrarme y, a través de la comparación, comenzar a detectar algunas especificidades sobre la natación master.

Una vez tomada la decisión de participar, intensifiqué mis entrenamientos durante unas semanas, hice la prueba varias veces de nadar media hora seguida, y vi que no era tan terrible como me imaginaba que sería. Sin embargo, no estaba conforme con la distancia que nadaba en ese tiempo, pero a esa altura ya no había mucho que pudiera hacer para mejorar. Resignada, cuando llegó la fecha de la competencia, armé mi bolso, tomé el micro a Buenos Aires, y llegué a la pileta. Allí me recibió Martín con un abrazo, agradeciéndome de que formara parte de la competencia y prometiéndome que me iba a gustar. Me presentó a Pablo, un entrenador de M.R. de unos 40 años, a quien pensaba entrevistar una vez finalizada la competencia. Yo me sentía nerviosa y presionada por participar con gente que no conocía y temía no estar a la altura de las expectativas de mis compañeros de equipo. Le agradecí a Pablo por haberme invitado, y añadí, sin pensarlo: “*Igual soy malísima, no esperes mucho de mí*”. Pablo, quien además de entrenar al equipo es nadador, me preguntó entonces cuántos metros nadaba en media hora. Yo le respondí que más o menos 1800 metros. Entonces me miró a los ojos, y muy seriamente me dijo: “*es más de lo que nado yo*”. Inmediatamente los dos callamos y la conversación terminó ahí. Pablo se puso a conversar con otros nadadores. Sentí que había metido la pata. Si yo pensaba que era *malísima*, que nadaba 1800 metros en media hora, él, que nadaba menos, y además era varón, era mucho peor nadador que yo. Lo había insultado a él como nadador, y a la mayoría de sus alumnos, que tampoco eran capaces de nadar esa distancia. Además, creía que había herido su masculinidad, ya que existe una representación generalizada en la natación acerca de que los varones son más veloces que las mujeres. Si bien a lo largo de la competencia se mostró muy amable conmigo y agradecido por haber participado con ellos, yo seguía con una sensación de incomodidad, por lo que angustiada, le planteé la situación a Martín, a quien mi metida de pata le resultó sumamente graciosa, y me decía que no me preocupara, que ellos realmente estaban agradecidos de que yo haya ido a participar. Pese a la buena predisposición que todos ellos mostraron para conmigo, yo no podía evitar sentirme muy mal, y seguía creyendo que todos pensaban que era un agrandada.

La competencia me resultó durísima. Si bien durante la primera pasada me sentí relativamente bien, a medida que pasaba el día y tenía que volver a tirarme a la pileta, el cansancio era cada vez mayor, me dolían las piernas y los brazos, cada brazada me resultaba insostenible. Todo el tiempo pensaba “*¿qué estoy haciendo acá?*”. No lograba emocionarme como mis compañeros de equipo, quienes se mostraban muy felices de estar participando, ni se me iban los nervios. En las 6 horas que teníamos de descanso entre cada pasaba, me iba a la casa de Martín, un par de veces sola y otras veces acompañada por él, que estaba a unas cuerdas de la pileta a dormir un rato, para luego volver a la pileta. Cada vez que sonaba el despertador, sentía que podía quedarme durmiendo por horas. Sin embargo, a pesar del agotamiento, logré mantener un ritmo constante de nado, principalmente porque no quería decepcionar a mis compañeros. La competencia, que había comenzado el viernes a las 18:00 horas, finalizaba el sábado a esa misma hora. A medida que se iba acercando el final, los nadadores de todos los equipos alentaban a sus compañeros que estaban nadando, cantaban, y se iba creando un clima cada vez más festivo. Finalmente, a las 18 horas, sonó una chicharra. Todos los nadadores se felicitaban entre sí, nuestro equipo había logrado el 6to puesto entre 24 equipos, y Pablo, a quien lo vi muy emocionado, se acercó nuevamente a felicitarme y agradecerme.

Krotz (1994) sostiene que la pregunta antropológica, es la pregunta por la igualdad en la diversidad y por la diversidad en la igualdad. Cuando hacemos antropología en casa, dada la ausencia de distancia con el otro, muchas veces podemos cometer el error de pensar que los otros son iguales a nosotros y que van a pensar y entender el mundo de la misma manera que nosotros. En la situación anterior, vimos cómo a partir de un comentario mío acerca de ser una “malísima nadadora”, generé una situación de tensión con Pablo. Este incidente no implicó una ruptura de la relación etnográfica, y reflexionando un tiempo después, ni siquiera pienso que haya sido tan grave como yo lo sentí. Ahora bien, creo que la reflexión sobre ese malentendido, más que aportar una nota de color, me permitió darme cuenta de cuál era efectivamente mi posición en el campo. Quiero decir con esto, que si a mí me interesaba dar cuenta de las representaciones de los nadadores master acerca de la práctica, a partir de ese momento pude comprender y objetivar qué es lo que yo pensaba. Yo partía de una representación del ser “buena nadadora”, anclada en mi experiencia de ex nadadora de élite. De este modo, al comparar mi desempeño actual con el de años anteriores, consideraba que no estaba en un buen momento, expresado en el “soy malísima”. Por otra parte, Pablo y la mayoría de sus nadadores, son per-

sonas que comenzaron a nadar siendo adultos, que tienen objetivos diferentes a los míos y a los de la mayoría de mis compañeros del club Unidos de La Plata, quienes también habían sido nadadores de élite. Esta cuestión me resultó interesante, y sumamente productiva para comprender los sentidos de una de las clasificaciones nativas que estructura el campo de la natación master, aquella que diferencia entre ex nadadores y nadadores novatos. En este sentido, cuando Juan me dijo “*por supuesto que podés, si sos nadadora*”, estaba activando también esta clasificación. Mientras que en uno de los grupos, el de mis compañeros del Club Unidos operaba tal clasificación, que a su vez sostenía que los hombres deben ser más veloces que las mujeres, en el de M.R. los valores movilizados por sus miembros eran otros, tales como la superación personal en la edad adulta, o el mero hecho de participar. Por lo que efectivamente se mostraban agradecidos de mi participación allí.

La situación anterior da cuenta de los límites del relativismo en el trabajo de campo y la dificultad de poner entre paréntesis nuestros juicios de valor y nuestros preconcepciones. Una vez finalizada la competencia, realmente agotada, prometiéndome a mí misma nunca más comprometerme en “una locura” de ese tipo⁵, comenzó el proceso de reflexión acerca de lo que había vivido y comprendí que al haber sido nadadora “de élite” durante muchos años, me posicioné desde ese lugar del cual no me pude abstraer, emitiendo entonces un juicio de valor de lo que es ser un buen/mal nadador.

Aquí, creo que vale la pena realizar una última consideración sobre el trabajo de campo en contextos deportivos, aquella que refiere a la de los usos del cuerpo. En sintonía con los aportes de Wacquant (2006), consideré que una buena manera de comprender una práctica era “poniendo el cuerpo”. Frente a algunos enfoques que sostienen que en ocasiones no es necesaria la participación activa ni la identificación emocional con los actores (Miguez, 2004), creemos que en este caso la participación y el involucramiento corporal fue necesario para reconocer algunas clasificaciones nativas, comprender emociones y pasiones, no solo la de los actores, sino también las mías, un elemento fundamental de una práctica de investigación reflexiva.

Consideraciones finales

A lo largo del trabajo, se buscó reflexionar sobre algunos dilemas metodológicos que surgen cuando hacemos trabajo de campo, haciendo hincapié en tres cuestiones principales: la posibilidad del relativismo y sus límites; el rol

del investigador en las interacciones de campo y finalmente, la cuestión emotiva y el lugar que los afectos juegan en nuestro trabajo de campo. Si la etnografía es principalmente una relación personal con un otro, sería una ilusión pensar que en ella podemos deshacernos completamente de nuestros condicionamientos sociales (posiciones sociales de clase y género, políticas y académicas), y nuestras maneras de ver y sentir el mundo.

Si como indica Bernard Lahire (2004), un actor plural es el producto de la experiencia de socialización en contextos sociales múltiples y heterogéneos, los investigadores no podemos ser ajenos a esta pluralidad de lógicas de acción. Cuando investigamos, no solo somos investigadores, sino que estamos atravesados por múltiples determinaciones sociales, productos de los distintos espacios sociales en los que estamos y estuvimos insertos. En mi caso, mostré cómo los roles de investigadora y nadadora se superponían a lo largo del trabajo de campo, atravesados al mismo tiempo por mis emociones y afectos. Cuando le dije a Pablo que era “malísima”, lo hice desde mi lugar de nadadora, no de investigadora. A la vez que cuando accedí a participar de la competencia, entre los motivos que puse en consideración a la hora de decidirme, no solo se encontraba mi interés por la investigación, sino que desempeñó un papel fundamental la relación que había construido con Martín, uno de mis informantes de ese momento. Reponer esta superposición de roles (investigadora, nadadora) nos permite discutir con la idea de que existe un investigador objetivo que está por fuera de la realidad social, y que va al campo a “recolectar” sus datos. Más bien, lo que pudimos observar, es que del mismo modo en que somos “investigadores plurales”, lo son los sujetos a quienes investigamos. Hemos visto que los contextos de interacción en que se producen los datos (la pileta, las casas de los informantes, en un bar tomando cerveza) son múltiples, y que en esas interacciones vamos asumiendo y modificando roles, construimos emociones y ponemos a jugar múltiples intereses.

Finalmente, podemos sostener que si bien la suspensión de nuestros esquemas de valoración opera como un ideal que debemos sostener en nuestras investigaciones, en tanto sujetos que investigamos, estamos movidos por las pasiones, y sería un error suponer que la pasión y la emoción se encuentran fuera del mundo social. Sin embargo, sostendremos que si bien no es posible ser objetivos en nuestras relaciones de campo, sí es posible, mediante el uso de la reflexividad, estar atentos a nuestras posiciones sociales, nuestras emociones y valoraciones, para poder ser lo más objetivos posibles a la hora de la escritura.

Referencias bibliográficas

- Archetti, E. (2003). *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Becker, H. (2009). *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Da Matta, R. (2007) El oficio del etnólogo o cómo tener anthropological blues. En Boivin, M. *Constructores de otredad: una introducción a la antropología social y cultural*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Grimson, A. (2003). “*Algunas consideraciones reflexivas sobre la reflexividad en antropología*” En: *Oficios Terrestres*, N14 pp 56-74.
- Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo, reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Krotz, E. (1994). “*Alteridad y pregunta antropológica*” En: *Alteridades*, N8 pp. 5-11.
- Lahire, B. (2004). *El hombre plural. Los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra.
- Míguez, D. (2004). “*El Cuerpo en Juego: La Práctica Etnográfica en Contextos de Violencia*”. Ponencia presentada en las IIas Jornadas sobre Etnografía y Métodos Cualitativos. Buenos Aires: IDES.
- Wacquant, L. (2006). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI editores argentina S.A.

Notas

- 2 En el mismo sentido podemos hacer referencia a Archetti (2003:15) quien estudia las identidades nacionales desde una posición que calificará como “auto-antropología”. Este concepto refiere a la investigación que el antropólogo realiza “en su tierra”, pero tomando en tanto investigador profesional también se encuentra filiado en una “cultura antropológica” y en una comunidad académica de la que sus informantes se encuentran excluidos.
- 3 Por ejemplo durante alguna conversación, no era raro escuchar chistes o comentarios acerca de la forma de nadar de algún compañero, y si bien sentía ganas de profundizar en el tema en ese mismo momento, prefería esperar y plantear mis preguntas durante las entrevistas cara a cara.
- 4 Por ejemplo, durante el año 2011 el equipo master participó del Campeonato Metropolitano de Natación Master. Dicha competencia consta de varias jornadas, las cuales tienen lugar los domingos a las 8 de la mañana en distintas instituciones de la ciudad de Buenos Aires. Entendiendo que era un ambiente propicio para realizar observaciones, asistí a todas las jornadas e incluso participé de las diferentes pruebas, aún sin sentirme preparada para ello.
- 5 Promesa que nunca cumplí, ya que al año siguiente me volvieron a invitar y volví a participar